

LAS IMÁGENES EN « LA GLORIA DE DON RAMIRO » ⁽¹⁾

Por AUGUSTO CORTINA

Las imágenes son flores del estilo. Surgen cuando la sensibilidad acierta con la expresión. Extraerlas de una obra literaria, es reunir arquetipos de belleza esencial.

Apresada en fichas, esta belleza pierde, como es lógico, algo de su frescura. Toda imagen tiene un contenido espiritual que rebasa el límite de los vocablos. Recortada, ingresa en el muestrario sin el éter que la rodea.

Supongamos una irisada colección de mariposas. Cuidó el coleccionista de no arrebatarles el polvillo refulgente y sutil ; pero ya no viven. Evoque la fantasía reconstructora, en lo posible, la vida móvil, el jardín tropical, la luz poderosa del paisaje ausente.

Las imágenes no son un vano adorno : sirven para subrayar situaciones. Enrique Larreta suele anunciarlas por medio de alguna voz sugestiva ; en suma : prepara el hallazgo. Justificalas, otras veces, con algún hecho posterior. *La gloria de don Ramiro* es novela en que abundan considerablemente las imágenes. Los sentidos del autor, siempre despiertos, captan el mundo físico. Luego la sensibilidad, transfigurada en imagen poética, embellece las páginas con vigor singular.

(1) Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1927. Edición definitiva.

La representación visual posee numerosas determinaciones en el tiempo y en el espacio. Tales imágenes suelen ser más nítidas y abundantes que las auditivas, cinestésicas, olfativas, motrices, etc.

Enrique Larreta no escapa a este principio : es, sobre todo, visual. Luz, brillo, color y forma, le sugieren, a cada instante, cuadros que un pincel podría reproducir.

En sus interiores, la luz es apacible. Tal circunstancia favorece la severidad de las figuras, que, por otra parte, nunca pierden su nitidez.

Los interiores sombríos de Larreta, poseen la tenebrosidad de ciertas telas del Greco, Rivera, Zurbarán y otros pintores del siglo áureo de España.

Véase, primeramente, cómo, en *La gloria de don Ramiro*, se distribuye la suave claridad. Es claridad velada por vagarosa niebla de incienso que oscurece los ventanales y amortigua los oros; incipiente fulgor auroral, que brilla entre las húmedas nieblas del amanecer; luz — de luna o de sol — tamizada y colorida por borrosos vitrales; lampo fantasmagórico que reverbera en las vetustas cuadras del caserón secular, o en las sonoras naves del templo :

« El alba aclaraba apenas el altar con lívidos resplandores que bajaban de las vidrieras, y la vieja niebla de incienso, adormecida en las naves, se rasgaba por instantes como si los ángeles volasen en la penumbra. » (*Epílogo*, pág. 457).

« El humazo litúrgico llenó en un instante, cual milagrosa nube, todo el presbiterio, envolviendo al preste y a los diáconos, amortiguando los oros, y cubriendo con soleado velo de perfume las pinturas del retablo. » (Cap. XXVI, pág. 249.)

« Las torres y contrafuertes del templo fingían majestuosa

visión entre el tendal de la aurora ; y, a uno y otro lado, los cubos de la muralla se alejaban, solemnes y espectrales, cada vez más vaporosos, hasta desaparecer por completo. » (XII, 113.)

« Los largos resplandores que bajaban de las vidrieras colorían de tintes espectrales la piedra y el alabastro, esmaltaban el oro de los púlpitos, pavonaban el obscuro nogal. » (XXVI, 248.)

« Los rincones de la estancia se llenaron de sombra ; pero al mismo tiempo, la claridad sideral traspasó la polvorienta vidriera y quedó suspendida en el ambiente a modo de un velo soñado y alucinador. » (XXIII, 229.)

« Era un cuarto de ablusiones, lleno de paz secreta y somnífera. La luz sólo entraba por algunos agujeros de la bóveda, a través de gruesos cristales en forma de estrellas que imitaban el color del zafiro, del topacio, del berilo. » (XIV, 134.)

« La vidriera dejaba pasar una luz plumiza y melancólica. » (XXIV, 236.)

Alguna vez, la imagen luce tras el espeso vidrio, que la desdibuja :

« ... aquella máscara triste que se borraba por momentos detrás del reflejo acuoso de los vidrios... » (XXIV, 237.)

Cuando fúlgido rayo de sol, o de luna, penetra por la rendija de una ventana, por la estrechez de una aspillera, o por la verde vaporosidad del follaje, ilumina una miriada de móviles y suspendidos corpúsculos, descubre olvidado tapiz, irisa los objetos de cristal, enciende trémulo doblón en las páginas del libro abierto. Este autor parece sentir, como el protagonista, « la fruición de los interiores sombríos, donde las pupilas descansan de la refracción (*sic*) implacable de las

tierras y un solo rayo de sol revela bruscamente el color y la forma. »

« Sólo, de tarde en tarde, la angostura de una aspillera dejaba penetrar un rayo de sol, colorido por los vidrios y perfumado de incienso. » (IV, 45.)

« La habitación estaba a oscuras. Sólo un polvoroso haz de sol entraba por alguna rendija, estampando en el tapiz un óvalo ardiente que parecía chamuscar el tejido. Infinitos corpúsculos subían y bajaban como átomos de silencio. » (XVIII, 166-167.)

Era un verdadero enjambre espantado, indeciso, de maripositas grises, hechas como de tierra, que desprendían una arena finísima al volar y resplandecían por instantes, a modo de luciérnagas, en el rayo de sol. » (2ª parte, III, 306.)

« Un rayo de sol, turbio de corpúsculos, entraba tras una madera entreabierta, iluminando, sobre la pared del fondo, una gran tapicería que atrajo la mirada de Beatriz. » (III, 304.)

« Vidrios turbios, de un glauco tinte lodoso como el agua de los canales... mirarlos de noche en un rayo de luna... Sobre la vaga substancia la luz astral rielaba un reflejo fosforescente. » (V, 53.)

« A veces un rayo luminoso pasaba entre el follaje y hacía temblar sobre el libro una medalla de sol. » (VII, 61.)

No brillaba allí otra luz que la de un rayo de luna que entraba por entre la polvorosa vidriera, y daba de lleno en las páginas de un libro enorme como un himnario... » (3ª parte, II, 401.)

Vigorosa luz suele inflamar las nubes, las vidrieras. El foco brilla entonces como aclarando traslúcidos cendales, o se atenúa en el cristal. Casi nunca ilumina libremente los

interiores penumbrosos, señoreados de sombras seculares.

« La niebla comenzó a disiparse, a hacerse más nacarada, más diáfana. Luenga barra purpúrea se encendió en el naciente, comparable a un alfanje de cobre. » (XII, 114.)

« Hacia el ocaso, al borde del cielo humoso y sombrío, angosta faja de crepúsculo se apagaba despacio como la mu-
riente lumbre de un horno. » (III, 430.)

« Ciertos días, pasaba las horas largas vagando por la Catedral, como en una selva de piedra toda florecida de vidrios ardientes. » (3ª parte, I, 382.)

En cierta oportunidad, una cascada de sol, jubilosa, gloriosa, se introduce en la estancia ; pero lo hace tan sólo al sesgo y a través de los vidrios :

« Una cascada de sol, traspasando los vidrios, entraba al sesgo en la estancia. El don rutilante y divino, chispeaba en los objetos de plata, en el nácar y el metal de las incrustaciones, en el galón de las colgaduras, cayendo sobre el tapiz como una lluvia de oro de la mitología. » (XXV, 242.)

Pero aunque el sol y la luna puedan lucir sin que nada se interponga, sirven, en tales circunstancias, como en las opuestas, para singularizar determinados objetos :

« El sol chispeaba en la mica de las peñas, en la reja de los arados, en el agua del río, fingiendo como un chubasco de luz. » (2ª parte, VII, 356.)

« ... en su labio, humedecido, temblaba una lucecilla azul, una gota de luna. » (VII, 368.)

« ... su capa gris semejaba una tela de plata entre la incierta claridad de la noche. » (VII, 362.)

Otras veces, la luz de la luna es intensa, mágica ; la del sol, flamígera, deslumbradora. El fulgor esmalta, entonces, con uniformidad, todo el paisaje :

« Ávila, recubierta de nieve, resplandecía bajo el mágico claror de la luna como una ciudad de encantamiento. » (XXIII, 229.)

« Ávila resplandecía en el oro húmedo y blanquecino de la mañana, como una pequeña Jerusalén. » (XXVI, 246.)

« El sol acababa de asomar sobre el perfil de un collado. Era un ascua desnuda, atizada, flamígera, ígneo carbunclo, que lanza hacia lo alto dos rayos sublimes. El lectoral recuerda los dos cuernos de llama de Moisés; y resuenan, al pronto, en su memoria los versículos de la Escritura que dictan la ley elemental y el deber de castigar a los adoradores del becerro. » (XII, 114.)

Venida la noche, hachas y cirios fulgurantes, a veces demasiado radiosos, vencen la sombra, chispean en los joyeles, acentúan la palidez de las caras y de las manos.

« ... llegaba la larga hilera de servidumbre trayendo una aurora de luminaria, que resplandecía en la palidez de los rostros, en la blancura de las lechuguillas, en el sayal amarillento de los dominicos, haciendo chispear las veneras de las órdenes militares y los preciosos joyeles sobre los terciopelos y brocados. » (XXI, 201-202.)

Otras veces las voces humanas, trémulas en el fervor de la oración, recuerdan llamas movidas por el viento :

« Por momentos un hálito sagrado parecía pasar entre las voces y estremecerlas como llamas de cirios. » (I, 19.)

« Doce pobres, con sendas hachas encendidas, esperaban a la puerta de San Juan, y su oración temblaba a la par de las llamas humosas que el viento doblaba y estremecía. » (2ª parte, II, 296.)

El brillo, sonrisa de la luz, suele avivar la obra con pinceladas radiantes. Fulgura el sol en los azulejos de las

cúpulas ; enciende las aguas del río ; se refugia, moribundo, en las telas de los irrisorios sambenitos amarillos, embebiéndolas de trágico resplandor. Los ojos, mojados de lágrimas, brillan *demasiado*, fosforecen *como luciérnagas*. La beatitud del desposorio místico, enciende el rostro *como una lámpara* :

« ... en lo alto de algunas callejuelas deliciosamente sombrías, vese espejear el azulejo de las cúpulas y alminares. » (3ª parte, III, 411.)

« Su venera, su espada, el joyel de su gorra, chispeaban en la penumbra. » (XI, 108.)

« Abajo, hacia la derecha, entre los oscuros peñascos, el agua del Adaja despedía un resplandor de oro ígneo. » (X, 95.)

« Sus amarillas ropas de infamia cubiertas de rojos pintarrajos absorbían la lumbre del poniente y cobraban sobre ella un resplandor bárbaro y fatídico. » (3ª parte, III, 427.)

« ... sus ojos brillaban demasiado, cual si estuvieran humedecidos. » (2ª parte, V, 347.)

« María tenía abierta su boca hacia el divino remedio, toda la faz encendida como una lámpara. » (XXII, 215.)

La claridad diurna traza, en la seda fulgurante, larga pincelada de luz. Junto a la llama del candil, centellea la espada desnuda :

« ... estirábala ahora, sobre las piernas, las ceñidas medias color de bronce, cuya seda reflejó, sobre la escultural perfección, firme trazo de luz. » (XXV, 240.)

« ... la lumbre del candil hizo centellear, en el aire, su larga espada desnuda. » (XI, 106.)

En noches tropicales, luciérnagas y alúas encienden y

apagan en los huertos sus farolas fosforescentes, entre follajes negros y esponjados :

« La ciudad duerme bajo el brillo de las constelaciones y sus campanarios se levantan, aquí y allí, más oscuros que la sombra. Luciérnagas y cocuyos enciéndense a millares encima de los huertos y atraviesan los árboles tenebrosos. » (*Epílogo*, 449.)

Una obsesión alucinadora finge pedrerías multicolores y parpadeantes; llamas antropomórficas desfilan sobre un fondo sombrío y nos hacen evocar visiones del Greco. A veces lo inmaterial se torna sensible : las ideas brillan como ascuas; los discursos, *chisporroteantes* y *temibles*, salen de la boca como surgen *los hierros de la hornalla* :

« Enorme mitra ilusoria, resplandeciente de amatistas y topacios, se encendía y apagaba, y volvía a encenderse a sus pies, sobre las losas oscuras. » (XVII, 163.)

« Sus ojos cerrados veían una pavorosa negrura sobre la cual desfilaban llameantes imágenes de purgatorio. » (XVI, 155.)

« ... las ideas parecían brillar con más fuerza en la sombra, como las ascuas de los braseros. » (XXIII, 235.)

« ... aquellos discursos que salían de su boca como los hierros de la hornalla, chisporroteantes y temibles. » (2ª parte, II, 295.)

En la descripción, aparecen, con frecuencia, colores elementales : rojo, amarillo, azul. Abundan el blanco y el negro. A veces se mencionan el verde y el dorado, el plateado. La pincelada viva, sin gradación, suele reemplazar el matiz.

Las voces usadas son : rojo, cárdeno, púrpura, morado, embermejar; amarillo, oro, dorado, color de almagre; azul, añil, zafiro, índigo.

El Cardenal-Arzobispo de Toledo : « salvo la morada muceta inquisitorial todo era para los ojos, desde el sombrero hasta la calza, un solo golpe de púrpura. » (3ª parte, III, 420.)

« Dos rosas rojas ardían como llamas sobre sus cobrizos cabellos. » (XV, 146.)

« Ya se distinguían, a pocos pasos, las rojas amapolas y las borrajas azules, abriendo sus pétalos entre las hierbas infinitas que crecían sobre el adarve, con más vigor que en el campo. » (XII, 114.)

« La cal reverberante, el azul denso del cielo, y las flores rojas de las malvas en las ventanas formaban hechicera desarmonía. » (XIV, 131.)

« ... la extraña crestería plateresca destacaba su cárdeno granito sobre el índigo ardiente del cielo. » (XII, 217.)

« ... harto morisco, y una que otra ramera de manto amarillo y medias coloradas. » (2ª parte, II, 294.)

« El cielo, el valle, el caserío, todo se pintaba de púrpura diluída. El mismo follaje negruzco del ciprés se embermejaba del lado del poniente. » (XV, 152.)

« Caprichoso penacho de nubes doradas y purpúreas se alargaba por encima de la ciudad, conservando todavía el movimiento de la ráfaga que lo había retorcido. » (X, 89.)

Ignacio Zuloaga representó estas nubes en el retrato de Enrique Larreta. Al fondo del cuadro, vese también la ciudad de Ávila.

« Su gran capa amarilla flotaba en el viento, como bandera que se lleva el enemigo. » (XIII, 126.)

« Soñó con repugnancia en bárbaros rubios y en carnosas hembras desnudas, con cabelleras color de naranja, como señaladas, desde entonces, por un reflejo infernal. » (XI, 105.)

« Las flores de retama surgían aquí y allá, entre los plomizos peñascos, haciendo brillar el oro de sus pétalos sobre el cielo de añil. » (VII, 63.)

« ... una criada, vestida sólo de angosta falda verde y amarilla, presentóse en la estancia, apoyando en sus morenos pechos desnudos un dorado azafate... » (XIV, 135.)

« Los días se redoraban en la primera sonrisa del año, y los árboles abrían sus yemas, sus yemas rubias y vellosas como los pequeñuelos de las aves. » (XXIV, 238.)

« ... un personaje venerable, vestido como caballero y luciendo en el cinto corva daga dorada... » (XIII, 124.)

« Su chupado rostro estaba a trechos amarillo y a trechos moreno, como los limones que se resecan. » (XXIX, 271.)

« El cielo, sin una nube, tiende su tafetán más azul... » (3ª parte, III, 411.)

« El caserío recortaba cegadoras blancuras sobre un cielo de zafiro. » (3ª parte, I, 386.)

« Entapizaba sus muros viejo terciopelo azul, podrido en lo alto por el agua de las goteras y coriáceo, reseco hacia los bordes, como el velludo que se desprende y reuerce sobre las viejas arcas mortuorias. » (2ª parte, III, 301.)

« ... Sentada sobre un cojín azul, entre sus dueñas. » (V, 55.)

« Veíanse sayas rojas o verdes como pimientos, color de almagre como las calabazas, moradas como las berenjenas, capas y coletos pardos como la piel de los tubérculos, negras ropas de anciano que iban tomando la torcida color de las alubias, vistosos dengues y pañolones donde parecía haberse reventado toda la hortaliza. » (XXVI, 247.)

El agua inmóvil, refugio especular de la luz, del color,

de la forma, refleja el paisaje tranquilo : ciprés, nube, luna. Entonces surge la imagen, esmaltada con artificioso primor :

« Un solo ciprés, harto anciano, erguía en aquel paraje su obscura aspiración y, en el centro, una alberca reflejaba, con quietud hipnótica, la tristeza del árbol, el hilo de sahumero, las nubes, las constelaciones, y, a veces, también, la luna, tan precisa, tan clara, que Aixa, quitándose de los cabellos su almadraba, hundíala con sagrado gesto en el agua, y luego, como si creyera haber apresado aquella curva diadema que al menor contacto se desgranaba en infinitos fragmentos, llevábase la red a la boca y gemía de un modo apasionado, tembloroso, incomprensible, mientras sus empapadas sortijas relucían en la penumbra. » (XVI, 151.)

Los ojos ensombrecidos por supremo deleite, semejan cielo tempestuoso, reflejado en la linfa serena y turbia de las charcas. Desmaya la luz en las pupilas de un moribundo, como mueren los últimos lampos sobre las aguas inmóviles :

« ... el momento supremo del ansia, cuando las fuertes pupilas del mancebo tomaban un tinte nebuloso, a la manera de las charcas en la tempestad... » (XV, 141-142.)

« ... sus grandes ojos, donde la vida se apagaba como la última penumbra en agua inmóvil y triste... » (2ª parte, IV, 320.)

Otras veces el agua, mojando el corpiño, modela firmemente la forma, o empapa los bordes de un pilón, la piedra de una escalinata, oscureciéndolos :

« Cuando se irguió de nuevo, su empapado corpiño mostró los hombros y los pechos como si estuviesen desnudos. » (XXVII, 255-256.)

« ... aquel flúido abundoso que, surgiendo de la sequiza

muralla, empapaba los bordes del pilón y se volcaba por la calleja. » (XXVII, 255.)

« Algunas tardes subía en el aire rosado el agua de los surtidores, empapando al caer las escalinatas y los follajes. » (VI, 57.)

La blancura está representada, predominantemente, por rostros pálidos. Palidez de amor, de espanto, de enfermedad, de muerte. Azahares, lirios, nieve, mármol y, cuando la verdad prosaica lo exige, sebo y yeso humedecido. A veces la palidez queda caracterizada por el efecto que produce en los circunstantes : era *terrible, daba terror*.

« Su palidez sobrepujó las alburas del mundo, el azahar, los lirios, la nieve. » (XV, 148.)

« ... la extremada blancura de su tez vencía la obscuridad, semejante al lirio en la noche. » (XXVIII, 261.)

« La pálida tez de Beatriz resplandeció entonces con blancura de mármol, y sus lustrosos cabellos, ceñidos por un aro de oro, tomaron en la noche azulado pavón de armadura sombría. » (2ª parte, VII, 367.)

« Pero aun en medio de aquella deslumbradora luminaria, de aquel incendio de cera que reverberaba en su rostro, veía-sele palidecer y pasarse la crispada mano por la frente, como si buscara arrancarse, a pedazos, alguna visión. » (2ª parte, IV, 312.)

« El infeliz, con el semblante blanco como el yeso... » (XI, 105.)

« Felipe Segundo debía de estar harto enfermo. Su tez había cobrado opaco blancor de yeso humedecido. » (2ª parte, IV, 323.)

« Las cejas y el mostacho parecían trazados con un tizón sobre su tez color de sebo. » (2ª parte, VII, 359.)

« Lo primero que hería la mirada era la palidez plomiza de su semblante, acentuada por la negrura del capuz que le habían echado sobre los hombros. » (2ª parte, II, 294.)

« Su rostro cobró una blancura terrible... » (2ª parte, II, 297.)

« La palidez de su rostro daba terror... » (3ª parte, III, 419.)

Continuando las francas y naturales antítesis, lo blanco se opone a lo negro, avvicíndanse colores distintos, los cuerpos opacos se recortan en un ambiente luminoso, un límite violento separa la sombra de la luz.

Es la antítesis figura naturalísima. Nace, sin esfuerzo, en el espíritu. En ella muéstranse siempre los términos extremos de una gradación, cuyo medio se halla tácito.

« Los cabellos retintos del joven dejaban caer dos lacios mechones sudorosos sobre la frente, los párpados estaban como aureolados de misterio, y sobre la palidez mate del rostro, el labio acentuaba su carminoso brillo. » (2ª parte, V, 343-344.)

« ... una mula cubierta de fúnebre gualdrapa con dos redondos agujeros ribeteados de blanco a la altura de los ojos. » (2ª parte, II, 294.)

« Estaban ambos vestidos de terciopelo negro atrencillado con aforros de seda, y sólo sus rostros y sus manos recogían la claridad escasa de la penumbra. » (2ª parte, III, 304.)

« Ramiro levantó la mirada para contemplar el delgado puente de piedra que une sus almenas y que en ese instante contorneaba su arco negruzco sobre un cielo de oro y de llamas. » (XXVII, 255.)

« El torreón del Alcázar destacaba su sombra formidable sobre el cielo límpido y verdoso. » (XIII, 127.)

« ... tendiendo ambos brazos hacia la verdosa claridad, en la cual sus manos resplandecieron de modo perturbador. » (XXIII, 231.)

« La ventana de una casa frontera acababa de alumbrarse, y veíase ir y venir, por delante de la luz, la sombra de un hidalgo que rezaba sus Horas. » (I, 19.)

« En el vano luminoso, sin que faltara el esquinado golpe de colgadura, don Alonso, todo vestido de negro, apareció como un retrato en su marco. » (XX, 186.)

« ... la ciudad, cuya sombra, torreada y rojiza, se contorneaba hacia la parte opuesta del valle, cual inmensa corona de hierro. » (VI, 59.)

« En algunas calles, angostas como corredores, las fachadas se levantaban siempre oscuras, y sólo en lo alto ardía, sobre la cal, la brusca faja de sol. » (3ª parte, I, 383.)

Muerta la claridad, desvanecidos el brillo y el color, prevalece la luctuosa sombra. Y así como desautoriza la muerte todo vano placer de los sentidos, reina fúnebre negrura invalidando los colores :

« La muralla se levantaba hacia la derecha, almenada, fosca, solemne y revestida de sombras formidables. » (2ª parte, VII, 362.)

« Aquella noche, algunos caballeros enlutados atravesaban la ciudad a la luz de las hachas, llevando sobre los hombros largo ataúd. (2ª parte, II, 298.)

« Los hidalgos vestían de luto; la madera al uso era el ébano. Jamás fué tan lúgubre el aparato de la muerte. » (2ª parte, I, 287.)

« Todo un mundo vestido de ropas negras o pardas que se movía con actividad silenciosa y grave. » (2ª parte, IV, 322.)

« La respuesta de Su Majestad fué tan sólo un negro puñado de ministros para que formasen la causa. » (2ª parte, I, 283.)

« En medio del Mercado Chico se levantaba un gran cubo negro, el cadalso ; y las ráfagas del Norte sacudían contra el esqueleto de pino la bayeta patibularia. Fúnebres ministros de justicia se agitaban en derredor. » (2ª parte, II, 292.)

« Desfile de animadas estatuas ecuestres y funerarias. » (3ª parte, III, 415.)

Si Enrique Larreta describe — y ello sucede continuamente — lo hace con precisión científica. Pero su emotividad y exquisito gusto desechan, como es lógico, la fatigante minuciosidad del análisis. Toma lo esencial, lo embellece con la palabra, lo caldea con el sentimiento, y lo deja — colorido, plástico — en el alma de quien lee.

Los retratos son concisos, psicológicos, vitales. La prosopografía se une a la etopeya.

Unas mujeres son vigorosas, hombrunas, sojuzgadoras del marido ; otras, femeninas, dóciles, apacibles. Esta feminidad suele ser altísima, embriagadora (como en Aixa) ; o aniñada, vulgar (como en Beatriz). La misma vieja Gulinar, terciando en híbridos amores, abjurando pavorida, llevada a la rastra como un cadáver profanado, oculta siempre, aun bajo su marchito pellejo, esa sugestión misteriosa que llena de atractivo a la mujer.

La esposa de don Felipe de San Vicente :

« ¡ Hembra grave y hermosa ! Una red de perlas le aprisionaba el retinto cabello. Su tez era pálida y morena, su empaque soberbioso. Hubiérase dicho una flor de hierro. » (XI, 110.)

Aldonza, la mujer del campanero :

« Era una hembra casi hermosa. Su piel tierna como las

natas, su labio rojo como un pimiento de Candeleda ; pero tanto su cabello bravío como su bozo de mancebo, denotaban un natural hombruno y procaz. Manejaba al marido como a un esclavo, descargando sobre él el exceso de vigor que renovaba en su sangre el aire purísimo de las torres. » (IV, 46.)

Aixa :

« Por fin, se incorporó; y la empapada cabellera estiróse fuera del agua, rígida, pesada, rumorosa, al modo de las algas, cuando la ola desciende. Entonces aparecieron, en su intacta firmeza, los dos fuertes pechos bruñidos y cuasi dorados como copas de ámbar ; y el mancebo sintió correr por toda su carne la tentación de aquella cintura cogida y de las abultadas caderas, irisadas por la humedad y la penumbra. »

« La mujer caminó hacia la alcoba, con claro rumor de ajorcas y brazaletes, dejando la huella acuosa de sus pies en el mármol. » (XIV, 135-136.)

Beatriz :

« Por fin, vestida de amarillento brocado que los toques de plata y las rojizas labores asemejaban a una tela de casulla, el cabello rizado con primor por debajo de la toca de plumas y terciopelo, levantada por el corcho de los chapines, enjoyada como una Milagrosa, aliñada, abullonada (*sic*), crujiente, comenzó a pasearse por la habitación, mirando, por encima del hombro, las cenefas de la nacarada basquiña y la pompa del faldellín. Sus orejas diminutas balanceaban las arracadas de diamantes de una abuela. » (XXV, 243.)

Gulinar :

« ... una mujer vieja y espigada, la nariz corva, morena la tez, la mirada abstraída. Su negro ropaje andrajoso estremecíase en el céfiro como un libro quemado. Caminaba len-

tamente golpeando el suelo con el bastón. A pesar de aquel aspecto de miseria, llevaba ambos brazos ornados de brazaletes de alquimia. Doble collar de cuentas, que imitaban la turquesa, caía sobre su pecho. » (X, 91.)

Algunos hombres son, ante todo, machos. Bracamonte, Dávila y Vargas Orozco tienen reciedumbre medieval. Otros, como Blázquez, se afeminan sensualizados por el Renacimiento.

Felipe de San Vicente es débil; pero este desdichado, cuyo linaje viene de antiguos invasores, de bárbaros rubios, es fruto de decadencia. (« Sacó de su faltriquera un viejo rosario y, besando la cruz repetidas veces, púsose a sollozar como una mujer ».)

Don Diego de Bracamonte :

« La arrogancia de aquel hombre se erguía almenada y sola. El discurso flameaba en su boca cual sedicioso pendón. Aun su mirada y su ademán eran temerarios. Todos presentían que aquella cabeza no estaba segura sobre el soberbio cogote y esperaban por momentos alguna catástrofe; pero el hidalgo demostraba importársele una higa de la delación y del riesgo... Era largo y cenceño. Los terciopelos o gorgoranes formaban como un fofu plumaje sobre su pajaresca armazón. La lechuguilla íbale siempre hartu holgada. El mostacho, el tuzado cabello y la aguda barba cabría comenzaban a encanecer; pero las cejas conservábanse retintas, como dos plumas de tordo. Su pellejo era pálido, su mirada áspera, su gesto macho y soberbioso. Adivinábasele, desde lejos, la cólera fácil. No era muy docto; pero nunca faltaba en sus discursos uno que otro texto latino sobre la decadencia de las repúblicas... » (XXI, 197.)

« ... Hablaba en pie, con el estoque apretado bajo el soba-

co. A veces la carraspera le dificultaba el discurso; acercábase entonces a alguno de los braseros y expectoraba sobre las ascuas. » (XXI, 199.)

Vargas Orozco :

« Era de aventajada estatura. Los ojos grandes y algo salientes. Los cañones de la barba, casi siempre a medio rapar, daban un tinte azul a toda la parte baja de su rostro. Los demás canónigos le envidiaban, entre otras cosas, sus hermosos ademanes en el púlpito y aquella bizarría con que manejaba el manteo, aquellos sus diversos estilos de arrebostarse en él y de derribarlo de súbito, a modo de capa soldadesca, como quien va a desnudar varonilmente la espada. » (IX, 73.)

Nuevamente Vargas Orozco :

« Tomaba la proposición del adversario, y en un dos por tres, con ultrajante sonrisa, se la hacía picadillo, bajo aquella arte cisoria de la dialéctica que él manejaba de asombrosa manera; pero si al dejar caer su conclusión el contrincante no se declaraba vencido tornábase al pronto injurioso y mordaz, el labio se le crispaba hacia fuera, los ojos se le hinchaban de cólera, y era sabido que aquella mano, que dejaba caer la bendición desde el altar, había zamarreado del alzacuello a más de un eclesiástico. » (IX, 75.)

Don Enrique Dávila :

« Su intemperante condición respondía a su estatura gigantesca. Cuando quería dominar alguna congoja, reventaba uno o dos caballos a fuerza de locas carreras por el camino de Villatoro. El juego era la única pasión que lograba punzarle. Peinaba sin crencha, hacia atrás. Su tez era barrosa y trasnochada. Sus ojos pequeños. » (XXII, 211.)

Don Felipe de San Vicente :

« Su estatura era menos que mediana, su espalda un tanto jibosa, su barba rojiza. Había en todo su rostro una tristeza cómica de bufón. Su labio inferior se alargaba hacia afuera con lúbrico y tembloroso gesto. » (XI, 104.)

El pobre don Ramiro, es más grande en la adolescencia que en la juventud. Cuando flotamos en el limbo de las esperanzas, parecemos gigantes; muerta la refracción, rasgada la nube, no resultamos ni pigmeos. Ramiro, fruto de dos vidas opuestas, es un conflicto en marcha. Guiomar, su madre, es una sombra traslúcida, fugitiva. Aparece poco, se desprende del siglo y, cuando acordamos, ya está encerrada en un convento de Córdoba.

« Las tocas monacales, adheridas con ventosas a la frente, ocultábanla los cabellos; su rostro desprendía luminoso bláncor. Era ya el ser sin carnalidad, sin escoria. » (XX, 183.)

El padre de Ramiro, caballeresco, recio, sensual, es una sombra obscura, dramática. En el libro, no posee ni siquiera nombre; pero gravita en todo:

Dice Aixa: « Es fácil conocello... lleva siempre en el cinto una daga con vaina de oro, guarnecida de diamantes de Krichna, de berilos de Khazbah, de perlas de El-Katif... Su barba es limpia y blanca como la plata, y su rostro es bellido como la luna en su catorceno día. Nunca ríe, camina despacio. » (XV, 144.)

Este árabe magnífico y la soberbia Guiomar, son seres antagónicos, se anulan recíprocamente. Ambos tiran del alma filial, henchida de ambición, reseca por la intolerancia. La vida échase sobre Ramiro y lo deshace.

¡Qué triunfo el de un autor que construye una obra grande en torno de un personaje pequeño!

Ramiro no es un arquetipo ; es, solamente, un tipo (como la mayor parte de los hombres).

De todos sus retratos, el mejor es el trazado por doña Álvarez. Nadie ve a los hombres mejor que las mujeres. Sobre todo, cuando son enemigas :

« ... ese espectro de noche, verdacho como una aceituna, soberbioso y figurero como un rey de farándula... » (2ª parte, IV, 329.)

He aquí otros dos retratos de Ramiro :

« El niño estaba sentado en una silla de alto y esculpido respaldo. Sus ojos parecían contemplar fijamente alguna imagen dolorosa de su propio cerebro. Hubiérase dicho un infante embrujado. » (V, 54.)

« A los diez y siete años, merced a un precoz desarrollo, Ramiro tomó un aspecto recio y adulto. Su ceño altivo, así como sus anchas espaldas, imponían a todo el que hablaba con él, un trato ceremonioso. » (X, 86.)

La Álvarez, dueña voluminosa y profesionalmente autoritaria, humíllase a las doblas. « Se fué ablandando como correa en el unto. » Es hermana de la Celestina, como el pícaro Pablo lo es de Lazarillo de Tormes. Los dos prestamistas genoveses, fraternizan con Raquel y Vidas, judíos del *Cantar de Mio Cid*.

Cada uno de los personajes, de los elementos de la obra, tiene sus ascendientes eslabonados y remotos, sus pergaminos; sin perder, por ello, la originalidad.

Las imágenes tienen, a veces, en *La gloria de don Ramiro*, grandeza y sencillez homéricas. Su misma simplicidad y vigor, harían superfluo el comentario :

« Sintió erguirse en la brisa, como una cresta, la pluma de su sombrero, y *experimentó en los talones una extra-*

ña sensación de fuerza invencible. » (2ª parte, VII, 364.)

« Su virilidad irradió hacia todos sus miembros un calor de bravura. » (VIII, 171.)

« Contrajo su labio el mancebo con un gesto de cólera, y la sangre encendióle de súbito el rostro. » (XVII, 157.)

Pero junto a la fuerza, la dulzura. El rubor está pintado con tal delicadeza, que hace recordar la gracia inefable con que Andrómaca, despidiéndose de Héctor, sonríe entre lágrimas :

« ... bajando los párpados y ruborizándose bajo el polvo blanquecino que velaba su rostro... » (2ª parte VIII, 375.)

La dramática fealdad, arrastrando larga túnica de horror o de silencio, suele cruzar el ámbito sonoro. Cuando lo quieren las Gracias, reina empero la belleza ideal, acariciando los sentidos. Es sabido que lo feo, y aun lo grotesco, caben, con holgura, dentro del arte. La fealdad de Tersites, deja resplandecer la hermosura de Patroclo. Hefestos, cojo y ennegrecido por las fraguas, hace resaltar la sobrehumana belleza de otros dioses.

« Era una procesión de aquelarre, una cáfila de infierno, y hasta la luz matinal se tornaba siniestra al alumbrar de lleno las palideces patibularias, las femeninas guedejas lodosas de sudores febriles y polvo subterráneo, las atroces pupilas que parecían conservar aún la expresión de terror y de súplica que tomaron en el tormento. » (3ª parte, III, 417.)

« Aquella triste carne, manando humores, anticipaba al sepulcro su trabajo siniestro. » (XXX, 274).

« Los arrieros moriscos dormían al borde de la carretera, junto a sus botijos, echados panza arriba, como asesinados. » (2ª parte, IV, 326.)

« Dos mujeres, echadas de pechos en el suelo, gemían

hacia un rincón, cubiertas completamente por sus mantos, haciendo pensar en dos enormes murciélagos moribundos. » (2ª parte, VII, 358-359.)

« El golpe brutal que él la diera entonces con la bota en el vientre, y el alarido de la mujer al caer de espaldas sobre los mármoles... » (XVIII, 170.)

« Pasó un monje franciscano en un borrico ceniciento... Su desnuda pierna vellosa asomaba por debajo del sayal... Al buen fraile se le importaba una higa del aspecto de su figura... » (X, 91.)

« Una de sus calzas se desató, dejando desnuda su pierna muy blanca y vellosa. » (XI, 108.)

Cuando hay que proferir un vocablo recio, el autor no piensa en retroceder. La expresión, con severa dignidad, tórnase realista :

« ... a cada navajada del puerco, aculado contra un árbol, rodaba un can por el suelo, derramando las tripas. » (XIII, 126.)

Esta obra es un himno a la sensualidad. Hay en sus páginas — lo diré con palabras del mago Mosén Raimundo — « la rotura de un aojamiento. » « El domonio entra y sale por ella cuando le place. » Pero la sensualidad, percibida por un espíritu aristocrático y expresada con señorial vocablo, se idealiza como la luz al pasar por irisadores vitrales.

El beso, el deseo, el placer — real o imaginario — se describen magistralmente :

« Fué al principio el beso ideal, casi incorpóreo, tomado con el aliento, en la quietud, en la altura, sobre el sueño de la ciudad y las tierras; pero, de pronto, el indeciso contacto acabó por despertar los sentidos, y las bocas se ligaron, se apretaron fuertemente, bajo el masculino furor. Beatriz gi-

mió sin poder esquivarse, mientras Ramiro sentía correr por su cuerpo sobrehumano deleite. » (2ª parte, VII, 368.)

« Aixa, entonces, tomándole los labios con los suyos, le reventaba contra los dientes un beso delicioso y tibio como un dáttil; y, cada vez, la sorprendente caricia le llenaba de sensualidad y de luz todo el ser. » (XV, 140-141.)

« Un gesto a la vez lastimero y anhelante agrandaba su gruesa boca palidecida. Ella apretaba las piernas. Hubiérase dicho que algo doloroso, delicioso, la penetraba profundamente. (XV, 147.)

« ... experimentar en toda su carne, tranquila hasta entonces, un hormigueo de instintos que mareaba por instantes su cerebro como vapor de cubas en el lagar. » (IX, 84.)

« El turbión de la virilidad apagaba las luces interiores. ¡ Allí estaba ante él una mujer hermosa y desnuda, a dos pasos de su boca, de su juventud! » (XIV, 137.)

« Un mismo súcubo, terrible de sedosidad y de hermosura, se deslizaba junto a él, bajo las mantas, haciéndole correr por sus carnes un goce diabólico, largo contacto odioso y dulcísimo que los rezos continuados no lograban desvanecer. » (IX, 79-80.)

« Nunca la halló más extraña y más dulce. Era la golosina entremezclada con nieve; y su aliento, ideal e inquietante, como el de las flores sobre la muerte. » (XV, 148.)

Véanse pintadas la fiebre, la involución mental, la somnolencia, la frescura sedante, la dulce languidez :

« La fiebre trotaba, galopaba por los campos del pavor y la demencia, y su cráneo llenábase, cual pútrida calabaza, de monstruoso gusaneo de visiones, que subían unas sobre las otras con esfuerzo incesante, glutinoso, desesperado. (XVIII, 167-168.)

« Su razón cayó en espantosa vorágine. Las ideas parecían ulular y remolinear como los vientos en una noche de vendabal. » (3ª parte, V, 443.)

« Una nevada de ancianidad había caído de pronto sobre él, enfriando para siempre el último calor de su intelecto. » (XXIX, 271.)

« El mismo se narcotizaba con su propio discurso. » (XI, 103-104.)

« El hálito del alba apaciguó en todo su ser la irritación del insomnio, como una ablución de rocío. » (XII, 112.)

« Ramiro dejóse invadir por esa languidez, por esa holganza crepuscular que desunce los hueyes y refresca en cada cabaña la frente y el pecho de los labriegos. » (XXVII, 255.)

Adviértase ahora la agilidad de algunas imágenes motrices:

« Habiendo retrocedido algunos pasos, dibujó con la espada en el aire un reto circular, prestando a la hoja terrible apariencia. Luego lanzóse de un lado y de otro desarmando y acuchillando. *Hubiérase dicho que esgrimía en su mano un puñado de estoques.* » (XVIII, 171.)

« Luego púsose a girar ligero, muy ligero, más ligero todavía, ¡ frenéticamente!, hasta que todo su cuerpo no fué sino un huso diáfano, un huevo dorado, loco, veloz, con un fino rumor de ajorcas y brazaletes. » (XV, 147.)

« Entonces, recogíendose apenas la falda con ambas manos, y mirándose ella misma los pies, púsose a repicar sobre el tapiz oriental un loco chapineo, tan recogido que hubiese podido bailar en un plato. » (XXVIII, 263.)

« Beatriz, mirándose en un espejo, afectaba, entretanto, los más diversos visajes. Ora entornaba los párpados con desmayadizo temblor, como si respirara un perfume doloroso; ora los abría desmesuradamente; y resumiendo, a la

vez, su boca de carmín, parecía ofrecerla a un galán imaginario, como confitada fresa, como incitante golosina purpúrea. » (XXV, 244.)

« Su cadera se ofrecía y se esquivaba al andar. » (XIII, 122.)

« La niña asomó, por fin (sobre la torre); y algo blanco, un papel, un billete, comenzó a descender en el aire con vacilante ondulación. » (XXIX, 269-270.)

« Doña Guiomar no pestañeó siquiera; pero sus manos restregaron nerviosamente los brazos del sillón en que estaba sentada. » (XXX, 277.)

« Una vez en la calle, la hija de don Alonso apoyóse contra el respaldo de la silla para contrarrestar el vaivén, y, al lento paso de los silleteros, cruzó entre la muchedumbre, tiesa y vistosa como una imagen, la boca pía, los ojos recoletos. » (XXV, 245.)

« Un hechizo maléfico parecía esterilizar los terruños, parar los molinos, los tornos, los telares, descoyuntar el brazo del menestral. » (2ª parte, I, 285.)

En *La gloria de don Ramiro*, como en Ávila de los Santos, como en Toledo, suenan frecuentemente las campanas. La voz de los atabales, las chirimías y el órgano, son tan sólo preludeo del vibrante, del ensordecedor repique de todos los bronceos de la ciudad. Óyense, unas veces, graves tañidos de campanas; otras, percíbese también la vibración unísona de los campanarios de piedra, o el azoramiento del oyente próximo, ensordecido por las badajadas espantosas:

« De pronto, la voz del pontífice entona las primeras palabras del *Gloria*, y, como si fuera el estruendoso derrumbe de ese túmulo de silencio y de luto que la Iglesia levanta desde la mañana del jueves, descuélganse a un tiempo de

lo alto, el trueno de los atabales, el alarido de las chirimías, el turbión resoplante del órgano y, allá arriba, allá afuera, en el aire, en el sol, estalla a la vez el acelerado repique de todas las campanas, frenéticas, locas, delirantes, cantando y echando a los vientos el regocijo sagrado y milenario de la Resurrección. » (XXVI, 249.)

« En este instante una metálica vibración llegó de la ciudad. Luego la campana de Santiago resonó a corta distancia. Otras, más lejanas, respondieron. La Catedral dejaba caer sus campanadas bajas y solemnes, y, en seguida, todas las iglesias a la vez, en alucinador concierto, tocaban las oraciones. » (XVI, 154.)

« En ese instante las campanas de la ciudad rompieron a tocar las oraciones. Los tañidos concertaban a distancia un canto prolongado y conmovedor que hacía pensar en las letanías de la muerte, y hubiérase dicho que la peña que sustentaba los numerosos campanarios vibraba a su vez como la caja de un órgano. » (3ª parte, IV, 433.)

« Muchas veces, teniendo que echar algún repique de importancia, subieron los cuatro a la torre. El escudero ayudaba, y Ramiro, aunque sacudido hasta los tuétanos, se complacía en aquellas detonaciones espantosas que amenazaban derrumbar el campanario y lanzarle a él mismo a los aires, como una paja, en el sonoro turbión. » (IV, 45-46.)

Cuando se recoge la última vibración de una campana que ha callado, la risa leve que trata de ocultarse, la música celestial que flota en el aire como multicolor enjambre de libélulas, las imágenes son esponjadas cual rizado plumaje, sutiles, elásticas, imponderables como el éter.

« Oyóse una risa tenue como un céfiro. (XXVIII, 261.)

... escuchábase por momentos una risa tenue y temblorosa comparable al ceceo del agua en las fuentes. » (XIII, 127.)

« Su risa numerosa, loca, inesperada, voló como un enjambre de mirlos, despertando los ecos a través de los árboles. » (VIII, 68.)

« La música exhalaba ilusoria frescura como un volar de espíritus ideales. » (XXVIII, 266.)

El son monótono de tamboril y dulzaina, el vibrante rasgueo de guitarras y laúdes que suenan lejanos en la noche, el rumor soñoliento de tornos y telares, el violín monótono del grillo, el croar sonoro de las ranas, el delator cencerro de animales ocultos en la sombra, se hallan representados por imágenes precisas :

« De pronto, de una estancia vecina surgió el son ronco y claro de una música. Un son monótono y bárbaro de tamboril y dulzaina; doble son ardiente como las arenas, obscuro como los bazares. » (XV, 147.)

« Loco bullicio de guitarras y laúdes subía de todos los barrios en el sosegado ambiente de la noche. » (3ª parte, II, 400.)

« Oíase el continuo rumor soñoliento de tornos y telares, semejante al de populosa plegaria en alguna mezquita. » (XIII, 122).

« Oíase la extensa estridulación de los grillos en el valle y el croar numeroso de las ranas y los sapos hacia el Adaja. Uno que otro animal, invisible en la sombra, hacía latir su cencerro. » (XVII, 164.)

También el chirrido de las espuelas, el rosario que va golpeando en la guarnición de la espada, la contera que da en el muro, el crujido de una jícara bajo el pie, motivan imágenes exactas :

« Su rosario, envuelto en la guarnición de la espada, golpeaba el metal. » (XII, 116.)

« Sus espuelas arañan las losas, tric, tric, tric, tric, y a veces la contera va dando contra el muro, tac, tac... » (2ª parte, IV, 332.)

« ... una jícara que había rodado sobre el tapiz crujió bajo su pie como una nuez aplastada. » (XXVIII, 261.)

En otras oportunidades, la alucinación y el eco fingen o reviven el grito, el suspiro, la risa :

« Aquel sitio único exaltaba su alma, haciéndole escuchar, en su ilusión, gritos de guerra, suspiros de éxtasis. » (X, 89.)

« El insulto flotaba irreparable, y parecía hacerse oír, otra y otra vez, en el silencio. » (2ª parte, I, 290.)

Hasta el crujido de la uña que un despechado, con nervioso movimiento, hace sonar entre los dientes, halla su representación individual en este mundo sonoro donde ningún sonido se confunde :

« Hace un año, señor, que os pedí un arnés para el rocín, y ni esto — exclamó, haciendo sonar la uña del pulgar entre los dientes. » (XI, 107-108.)

En *La gloria de don Ramiro*, las vibraciones de los sonidos potentes no ahogan las voces tranquilas, los ecos inefables.

Perfume intenso, tibio, aroma de humo rústico, de jazmín, de mujer, de algalia, dejo axilar. Tales las imágenes olfativas evocadas. Estas imágenes no son ni muy numerosas ni muy nítidas.

Cierta vez, el olor femenino, incitante, vago, flota en el aire. Pero cuando un mercader aspira sus pomos de esencia y, para tentar a las jóvenes, finge suprema embriaguez, el

perfume carece de nombre, de individualidad. La imagen olfativa, desvaneciéndose sus contornos, se ha hecho cines-tésica, deleitando todo el organismo.

« Al levantar la tapa de un cofre y extraer de su interior una tela de seda teñida de azafrán y toda bordada de arabescos multicolores, un intenso perfume se difundió en el ambiente, como si acabara de abrirse alguna ventana hacia especioso vergel, todo maduro de aromas. » (XV, 146.)

« El niño aspiraba con fruición el humo rústico de las fogatas... » (VI, 58.)

« ... el vago perfume de las fogatas campesinas... » (I, 15.)

« Beatriz apareció vestida de negro y olorosa como un sahumador encendido. » (2ª parte, III, 302.)

« Tibio perfume, que no venía de ningún pomo de olor ni arquilla de esencias, sino del lecho entreabierto y de las ropas de la víspera, abandonadas sobre los taburetes, sahumaba el ambiente de la alcoba. » (XXV, 241.)

« A toda hora, el perfume de la mujer le embriagaba. Estaba en el ambiente, en su boca, en sus manos, en sus vestidos. Era el dejo axilar, mezclado a un perfume de jazmín y de algalia. » (XV, 140.)

« Otros (hombres) levantaban la cabeza y sorbían el aire como camellos, libidinosamente. » (XIII, 122.)

« Un anciano, vendedor de perfumes, aspiraba, él mismo, sus pomos, fingiendo indecible deleite para tentar a las mozas. » (XIV, 128.)

Los olores desagradables son, también, evocados :

« Ni el aroma de los guantes, ni el copioso sahumero de los pebeteros, lograba dominar el tufo de trasudado sayal que desprendían los religiosos. » (XXI, 201.)

Hay en el libro una mujer insignificante, insignificante junto a las hembras altivas y a las mujeres de seda, marfil y miel, insignificante y espiritada junto a los caballeros atiesados por el orgullo, empalidecidos en el estrecho ambiente de las razones de estado. Es Casilda, la hija del escudero. Casilda amó, más que nadie, a don Ramiro. Sin segundas intenciones, como las tuvieron Aixa y Guio-mar; sin melindrosa cautela, como lo hizo Beatriz.

« Ramiro juntó su boca a la de aquella criatura vestida de harapos como una gitana, y este movimiento maquinal llegó a despertarle, en el correr de los días, cierto extraño deleite, que le recordaba el saborcillo sucio de las frutas cogidas en el suelo. » (IV, 47.)

Luego la olvidó. Mejor dicho : nunca la recordaba. Sólo cuando la veía, pensaba en ella. Y Casilda sirvióle de mandadera para otro amor. Y, sin decirle nada, convivió sus angustias, lo siguió a la venta de Cebreros, al yermo de Córdoba, se le apareció en el puente de Toledo, lo despidió, sin ser vista, en Cádiz :

« ... allá en la ribera, hacia la punta de San Felipe, una muchacha, con los zapatos despedazados y echada de pechos sobre la última roca, miraba, sollozando, aquellas luces mortecinas, cada vez más pequeñas, cada vez más lejanas; y la marea, aislando poco a poco el escollo, jugaba con su manto verdusco, apagaba sus lamentos, se llevaba sus lágrimas, y le murmuraba al oído enorme y despiadada canción que reía con las espumas. » (3ª parte, V, 446.)

Casilda es el amor tímido y fiel; la irremediable desventura.

Una oración de Rosa de Santa María, fué la gloria de don

Ramiro, gloria para la vida inmortal. Y la Santa la hubiese rezado por cualquiera.

Creo que don Ramiro alcanzó dos glorias en el mundo. Fueron dos amores : el embriagador de Aixa, traicionado ; y el mudo de la pobre Casilda, inadvertido ¹.

¹ Esta monografía debió aparecer en el tomo II del *Homenaje a don Enrique Larreta*. Se anunció en el volumen I (Buenos Aires, 1933), juntamente con *trabajos especializados* de otros autores. Como el tomo II no aparece, he creído innecesario retardar por más tiempo esta publicación.